
Entrevista a
Gilberto Guevara Niebla*

LA UNAM
Diagnósticos y perspectivas

P. Desde hace por lo menos dos años todos los sectores de la UNAM han señalado la existencia de una crisis en la institución. ¿Cuáles crees que sean los síntomas más significativos de esta crisis?

R. En América Latina se da un fenómeno muy grave que consiste en la falta de correspondencia entre la producción de trabajadores intelectuales y su captación en el mercado de trabajo. Este, me parece, es el síntoma más importante de la actual crisis universitaria en México.

La educación, la obtención de calificaciones escolares, ha sido durante mucho tiempo en América Latina, un mecanismo de promoción social. Se cree que la obtención de títulos escolares permite cierta movilidad social. Pero lo que sucede en realidad es lo contrario: la obtención de calificaciones escolares ya no es garantía de promoción social, ni siquiera de la consecución de empleo estable. Esto es igualmente grave porque pone en entredicho el principio que ha guiado desde hace mucho tiempo a la educación.

La masificación es la expresión fenoménica de este desajuste entre la oferta y la demanda en el empleo del trabajo intelectual.

En la UNAM se da este fenómeno. No hay, debido a la organización social que tenemos, una relación adecuada entre las calificaciones que la universidad produce y las exigencias del mercado. El problema no es, desde luego, de la Universidad sino del mercado, del modelo de desarrollo que hemos tenido en el que dominan los oligopolios extranjeros, sobre todo en el aparato productivo, cuyo sostén fundamental son las

* Entrevista realizada por Jorge García-Robles.

tecnologías importadas. Es decir, el fenómeno de la dependencia tecnológica provoca desajustes en nuestro desarrollo.

Uno de estos desajustes es la desvinculación entre la producción de conocimientos que se realiza en nuestras universidades, incluyendo la UNAM, con su aplicación. La actividad de investigación que realizan las universidades no tiene nada que ver con las tecnologías que se aplican en la producción. No existe una demanda de conocimientos que provengan de la economía hacia la universidad. Por ello, se crea un abismo entre estos dos mundos: el de la universidad y el de la producción. De este modo, la actividad universitaria se convierte en una actividad académica que busca su justificación en sí misma, y que no concibe la aplicación de los conocimientos como su objetivo central.

Otro efecto secundario de la dependencia tecnológica es el ahorro cada vez mayor de mano de obra calificada por parte de las tecnologías importadas. El mito de que la industrialización iba a requerir crecientes cantidades de personal calificado, se ha revelado como tal, como un mito.

La universidad tiende a ocuparse más de la actividad terciaria, de los servicios y no de la producción. Si se analiza la matrícula de la universidad encontramos que está fundamentalmente orientada al campo de los servicios. El 60 por ciento de la matrícula de la educación superior en México está orientada a las ciencias sociales y administrativas. Esto se ha mantenido durante tres o cuatro décadas.

La dependencia tecnológica también ha generado que nuestras universidades sean, sobre todo, universidades dedicadas a la docencia y no a la creatividad; transmisoras y no creadoras de conocimiento. En ellas domina la docencia. La investigación es una actividad secundaria, subordinada y muchas veces despreciada. Pero sin investigación científica básica y aplicada, sin su articulación con el desarrollo tecnológico, las universidades no podrán ser lo que Justo Sierra deseaba que fueran: instrumentos dinamizadores de la sociedad. Para que las universidades jueguen un papel de catalizadoras del desarrollo se necesita que tengan una función fundamentalmente creativa de conocimientos, que impulsen nuevas ideas, procedimientos técnicos y visiones del mundo. Ahora el conocimiento que se enseña en las universidades es fundamentalmente libresco y en su inmensa mayoría proviene del extranjero.

Al analizar las características de la enseñanza universitaria uno advierte su encuadramiento en una estructura profesionalizante. La enseñanza se ordena por profesiones y éstas han sido, históricamente, muy conservadoras y resistentes al cambio. Este problema constituye un lastre para que las universidades contribuyan al desarrollo nacional.

Por otro lado, no siempre es posible que los problemas del país sean objeto de las formaciones profesionales. Puedo dar muchos ejemplos de problemas nacionales que no tienen una carrera universitaria que les corresponda: el problema alimenticio, el de pesca, el de la vivienda, que



son problemas multidisciplinarios, multiprofesionales, cuya naturaleza compleja impide que una sola profesión pueda abordarlos particularmente.

Junto con otras personas realicé un estudio en la UAM sobre la pesca y advertimos que como objeto especial de estudio no se estudiaba en ninguna universidad. Algunos centros de estudio formaban técnicos que abarcaban determinados aspectos del proceso pesquero. Se formaban biólogos, economistas, administradores, que estudiaban parte del problema. Pero de manera integral no se estudiaba en ninguna universidad del país; ni en el plano de la investigación ni en el de la docencia. En suma, el problema pesquero no se estudia como objeto de estudio integrado en México.

Este es un problema fundamental que hay que resolver si se quiere superar la dependencia tecnológica. Lo mismo sucede con la alimenta-

ción, la vivienda y otros problemas que no se estudian satisfactoriamente dentro de las universidades.

La masificación de la UNAM es un fenómeno muy reciente. El gran *boom* se dio entre 1970 y 1980. En este tiempo creció la matrícula, el número de profesores (de 5 mil a 25 mil), de trabajadores administrativos (de 3 mil a 23 mil) y el de estudiantes (en 1968 eran 70 mil, actualmente alrededor de 300 mil).

Una de las consecuencias de esta masificación es que la gran masa de profesores universitarios han sido reclutados en los últimos años, y por lo tanto son recién egresados de sus carreras. Existe una gran juventud en el profesorado universitario. En este plano, el problema crucial de la UNAM es que no ha podido hacer de sus profesores investigadores. Un contrato académico de tiempo completo en la UNAM implica, teóricamente, que la universidad está adquiriendo un recurso que se va a ocupar de docencia y de investigación. Sin embargo, lo más frecuente es que los profesores no realicen ningún tipo de investigación porque la universidad no le ha dado la oportunidad para formarse como investigador.

No hay un programa de investigación importante. El posgrado, que debería ser un instrumento fundamental para formar investigadores, se ha convertido en un mecanismo de credencialización. Por otro lado, si el profesor tiene la habilidad para investigar, a menudo se encuentra con la ausencia de recursos para realizar sus objetivos.

En 1986, la UNAM registró aproximadamente 3 800 proyectos de investigación. Ese mismo año había un total de cerca de cinco mil profesores e investigadores de carrera, lo que significa que el número de proyectos era bastante alto. No obstante, muy pocos proyectos se realizaron. La universidad no tiene recursos para apoyar los proyectos de investigación que se generan dentro de ella. Por esto, los maestros se ven obligados a recurrir a instancias externas como CONACYT, la SEP, la Fundación Ford, etcétera.

Existe otra situación paradójica. Antes no había profesores de carrera. Los maestros generalmente se ocupaban de su trabajo profesional e iban a la universidad a dar clases, lo que aseguraba que la universidad mantuviera contacto estrecho con el mundo del trabajo profesional, con el mundo de la producción. Actualmente, a partir de la reducción del número de profesionales que dan clase en la UNAM y del aumento de quienes viven de darlas, se ha roto ese vínculo que la universidad tenía con la producción.

Existe el caso de jóvenes maestros recién egresados de la universidad, que ni son investigadores ni se han desempeñado profesionalmente en su carrera, que no conocen el mundo de la producción. Hay ingenieros que enseñan a construir puentes sin que hayan construido alguno.

En la medida en que se crea un mercado de trabajo al interior de la UNAM, en que aumenta el personal académico que vive del trabajo aca-

démico, la universidad, involuntariamente, se ha ido separando del mundo productivo.

La realidad de la universidad de masas es sumamente compleja. A los problemas que he señalado, que me parecen de los más importantes, habría que añadir el de la burocratización, el problema laboral, el de la desintegración de la universidad como colectividad, entre otros.

P. Una de las expresiones más graves de la crisis universitaria es el problema de la falta de valores vivos y comunes, que ha traído consigo el que la llamada comunidad universitaria sea en realidad un conglomerado de intereses múltiples. ¿Qué opinas al respecto?

R. El crecimiento de la universidad ha tenido como consecuencia la desintegración de la comunidad universitaria. Esta desintegración se ha producido en varios planos. Uno de ellos es el físico. La universidad se compone de múltiples *campus* que están ubicados en distintos lugares de la ciudad de México, incluso en distintas zonas del país. Esta segregación física de la universidad tiene enormes efectos sobre lo que debería de ser una comunidad.

Pero el plano que me parece más profundo es el de la polarización de los intereses de cada uno de los sectores que integran la universidad.

En los últimos años se ha acentuado una ideología corporativista dentro de los sectores universitarios. Este corporativismo lo planteó inicialmente el sindicalismo universitario. Por corporativismo entiendo un comportamiento político de un sector que sólo busca satisfacer sus propios intereses apartándose de los de la comunidad. Esta actitud se observa no sólo en los trabajadores administrativos sino también entre los estudiantes, notablemente en los profesores, e incluso en la burocracia que tiende espontáneamente a actuar independientemente de la comunidad.

La universidad de hoy está fracturada en sectores que propenden a actuar con pautas de conducta independientes, autónomas, lo que engendra un espacio disgregatorio.

El concepto de comunidad universitaria nació en una realidad distinta a la que hoy vivimos. Si deseamos cambiar la orientación social de la universidad, es necesario recuperar y reformular este concepto, establecer un nuevo pacto político o social, como se quiera llamar, entre los distintos protagonistas de la vida universitaria, en función de un programa de reforma y reorganización.

P. ¿Crees que los universitarios estén reclamando esta reorientación?

R. Lamentablemente no. Nuestra universidad no es un centro de estudio politizado o conciente de sus responsabilidades frente a la nación. Pienso que existe una gran falta de preocupación sobre la necesidad de recuperar el concepto de comunidad universitaria. Me parece que el objetivo central al reelaborar esta noción, debe ser el modificar la relación entre la universidad y la sociedad, el tratar de lograr que la universidad juegue un papel más activo y responsable en la solución de los problemas nacionales.

El futuro de México seguirá siendo altamente incierto si no se enfrentan eficazmente algunos desafíos esenciales como el de la revolución tecnológica, o el de la democratización de la sociedad. La universidad está obligada a desempeñar un papel importantísimo en la solución de estos retos.

P. ¿Cómo debería de comportarse la UNAM en concreto?

R. La única manera en que veo a la universidad en condiciones de alcanzar esta meta es planteándonos una reorganización que imprima nuevo sentido a sus funciones. Hay que reformular la investigación, la docencia y la extensión universitaria.

En la investigación se necesitan recuperar, como objeto de estudio, a los grandes problemas nacionales. Existen algunos temas de investigación que pueden tener un efecto decisivo para romper la dependencia tecnológica.

Las profesiones deben replantearse. Hay que transformar la matrícula de la universidad. Es necesario orientar a los alumnos hacia carreras de importancia fundamental como, por ejemplo, las ciencias básicas. Hay que tratar también de modificar los contenidos de las carreras que absorben el mayor porcentaje de la matrícula como medicina, administración, derecho, ingeniería civil y comercio.

No quiero decir que México no necesite médicos, abogados o administradores. El país los sigue requiriendo. Pero es preciso cambiar la orientación que hasta ahora han tenido estas carreras. Se necesita otro tipo de médicos, de abogados, etcétera.

En el caso de la medicina, más que médicos hospitalarios especializados, más que medicina curativa, lo que se necesita es la medicina preventiva y comunitaria. En el caso de derecho, más que abogados que busquen especular con el derecho civil, se necesitan expertos en derecho laboral o civil que tengan una preocupación definida hacia los grandes problemas populares, que no son tomados en cuenta por el derecho civil.

En el caso de las otras profesiones sucedería lo mismo. La administración, por ejemplo, actualmente se concibe exclusivamente en función de las empresas privadas. Hay poca orientación hacia las empresas públicas y muy poco interés hacia las cooperativas o empresas sociales.

Ahora bien, en México no hay estudios serios y sistemáticos sobre el campo de cada una de las profesiones y sobre las posibilidades de reforma que existen en las diferentes carreras. Estas se reducen a reproducir las prácticas dominantes dentro de cada profesión mostrando muy poca flexibilidad frente a las innovaciones y cambios que se dan en la esfera productiva.

Hay que cambiar la matrícula; hay que cambiar los planes de estudio; hay que crear nuevas carreras; hay que impulsar una actividad de orientación vocacional muy importante que efectivamente sea una orientación a los alumnos hacia las profesiones que tienen un significado estratégico para el desarrollo nacional. La orientación vocacional actualmente se

reduce a informar sobre el tipo de carreras que se ofrecen. No hay un esfuerzo importante de las instituciones, ni de la SEP ni de la UNAM, por motivar a los alumnos a que estudien carreras con valor social trascendente.

Un caso muy claro de esto son las carreras de ciencias básicas. Es increíble la crisis por la que atraviesan carreras como física o matemáticas. La carrera de matemáticas recibe generaciones de 80 alumnos. Esto es una desgracia. La carrera de física tiene 900 alumnos. Las ciencias básicas que son fundamentales para construir un desarrollo autogenerado e independiente del país están prácticamente abandonadas. Por ello, se necesita que la orientación vocacional sea muy distinta a como hoy funciona.

P. Cómo crees que estos cambios en la orientación de la educación se realicen. ¿Piensas que pueden llevarse a cabo a partir de ser decretados de “arriba a abajo”, o que se requiere de una base real que los impulse, de un movimiento que los sustente?

R. Existen distintas concepciones sobre este problema. Una de ellas es la liberal típica que plantea el respeto a las demandas de los alumnos. Es decir, si la mayoría de los estudiantes se inclina por estudiar derecho, comercio o administración, hay que atender y respetar esta demanda.

Yo no estoy de acuerdo con este punto de vista. Creo que la vocación de los estudiantes está en parte determinada por ideologías difundidas en la sociedad sobre lo que son las carreras universitarias. La decisión que toman los alumnos respecto a la carrera que elegirán para estudiar responde a un juego ideológico y mucho a la influencia que ejercen los medios de difusión sobre lo que son las profesiones universitarias. Basta ver el *boom*, creado artificialmente por la televisión, que hay en la carrera de comunicación.

Este respeto a las demandas de los alumnos sobre la elección de sus carreras me parece equivocado. Lo que hay que hacer es tratar de influir en la sociedad, a través, sobre todo, de los medios de información para crear una conciencia muy amplia sobre cuáles son las carreras que el país necesita. Asimismo, hay que tratar de explicarle al alumno las ventajas individuales que ofrecen cada una de estas opciones.

Es una desgracia que los estudiantes sigan ingresando, por ejemplo, a derecho cuando su campo de trabajo está cada vez más restringido. Esta contradicción tiene que solucionarse con medidas institucionales.

El año pasado, en Mazatlán, se abrió un concurso para ocupar 120 plazas de policía municipal. 13 de las 120 plazas fueron ocupadas por abogados titulados. Es frecuente encontrarse abogados con título como taxistas, restauranteros, o taqueros. Es terrible que los muchachos sigan estudiando derecho, que es la carrera con más alumnos en el país. En este asunto las autoridades deberían actuar con fuerza para tratar de cambiar los patrones ideológicos que están orientando la vocación.

Hay que cambiar la mentalidad del alumno, hacer orientación voca-

cional desde la secundaria, si es posible desde la primaria, hacer programas de televisión, videos que circulen en las preparatorias. Desafortunadamente nada de esto se ha realizado.

Este es un problema gravísimo que tiene el país. Lo que es preciso es que las autoridades de la universidad y la SEP tomen conciencia del asunto y dediquen recursos para su solución.

Orientación Vocacional de la UNAM, por ejemplo, está prácticamente desamparada financieramente. El presupuesto que le otorgan es mínimo, insignificante. Si queremos influir sobre la sociedad, cambiar las mentalidades de las nuevas generaciones, no es posible menospreciar de este modo a las instancias, como Orientación Vocacional, que pueden promover estas transformaciones.

P. ¿Cuáles son los principales obstáculos que existen para que esta reorientación en la educación se lleve a cabo?

R. Hace falta información, conciencia y responsabilidad colectiva. Si se interroga a un maestro universitario sobre el problema de la orientación vocacional, uno se sorprende de la ignorancia que muestra.

Además, existe un sistema educativo muy desintegrado. Los maestros universitarios no están vinculados con la educación primaria, secundaria, ni siquiera con la media superior. Las preparatorias y colegios de ciencias y humanidades forman parte de la UNAM; no obstante, los investigadores, los creadores de conocimiento, tienen muy poca relación con la enseñanza media. No hay ninguna articulación entre ellos y este nivel académico.

P. ¿Podrías resumir tus propuestas de reforma universitaria en la UNAM?

R. Creo que, en primer lugar, las funciones universitarias tienen que modificarse de acuerdo a funciones sociales específicas, tal y como lo expuse anteriormente. La reorientación de la investigación no debe impedir la libertad en la investigación. A su vez, la reorientación de las carreras no debe oponerse a la libertad de cátedra. Lo mismo con la extensión universitaria: su reorientación no tiene por qué alterar los principios fundamentales de la universidad.

Es necesario reconceptualizar las funciones universitarias, imprimiéndole a cada una de ellas una función social específica. Pero también se necesita una reorganización académica general de la universidad que haga posible un nuevo tipo de relaciones académicas internas en la institución, para permitir el abordaje multidisciplinario de los problemas nacionales.

Por otra parte, debe reorganizarse globalmente la universidad para elevar la creatividad científica del profesorado. Se necesita reformular el posgrado, redefinir su lugar dentro de la universidad; hacerlo un instrumento fundamental para preparar investigadores, ponerlo en el centro de la vida universitaria. También es preciso lanzar programas de formación de profesores tendientes, no a hacer que el profesor aprenda más o

menos conocimientos, sino a que adquiriera nuevos métodos, lenguajes e instrumentos para elevar su creatividad artística y tecnológica.

Necesitamos vincular a la universidad con la producción, ligar más estrechamente los objetivos de la investigación con los del aparato productivo y con las necesidades esenciales del país como son: alimentación, vivienda, vestido, y otras.

Necesitamos, a la vez, reorganizar los métodos de enseñanza. Buscar una nueva relación maestro-alumno, sobre la base de permitir más la participación del alumno sin que se pierda la actitud orientadora y directora del maestro; de tal manera que el aprendizaje se desarrolle por vías distintas a las tradicionales. Necesitamos hacer del alumno una persona emprendedora, dinámica en el proceso enseñanza-aprendizaje, y no un sujeto pasivo exclusivamente receptor de conocimientos ya elaborados. El alumno debe estudiar a partir de interrogantes y de problemas y no sobre la base de respuestas.

Necesitamos modificar las relaciones de la universidad con la enseñanza media superior. Creo que se debe dar una mayor autonomía a la enseñanza media superior. Son muchos los problemas que introduce al interior de la universidad. Problemas políticos, como lo acabamos de ver con el movimiento del CEU, a partir del examen de admisión. Pero también problemas administrativos y financieros. Los estudiantes de la enseñanza media superior son casi la mitad de los alumnos de la universidad, lo que representa una carga financiera y administrativa enorme, y una orientación de los esfuerzos hacia un nivel de enseñanza que no es propiamente universitario.

Necesitamos reformular en general los planes de estudio de la universidad.

Necesitamos transformar las relaciones de la docencia con la investigación. Hacer que cada maestro sea un investigador y que la docencia se convierta en una actividad académicamente subordinada a la investigación, invirtiendo los términos de la relación actual.

Se necesita elevar significativamente el presupuesto de la universidad. En primer lugar, para lograr que el personal universitario reciba salarios satisfactorios que garanticen, entre otras cosas, que los investigadores realicen efectivamente su trabajo y no se vean perturbados por problemas financieros.

Todas estas medidas y otras más sólo se podrán lograr a través de una movilización de las conciencias, no únicamente de los universitarios sino también de la sociedad en su conjunto. Necesitamos que la sociedad adquiriera un nuevo compromiso con la universidad, y que la universidad, a su vez, renueve su compromiso con la sociedad.

El problema, si se quiere, es fundamentalmente político. Es indispensable crear una correlación de fuerzas dentro y fuera de la universidad que sea favorable a la reforma universitaria. A nosotros nos incumbe que esa nueva correlación de fuerzas se dé dentro de la universidad. Ne-

cesitamos una nueva actitud de los estudiantes, del sindicato, del personal académico y de los funcionarios.

En todo este proceso, el personal académico juega un papel clave. Pero lo que hemos visto de 1986 a la fecha, es una participación poco significativa del personal académico en el problema de la reforma universitaria.

P. ¿Qué posibilidades existen para que estas nuevas orientaciones comiencen a llevarse a cabo a partir del congreso universitario?

R. Yo no soy optimista respecto a la perspectiva del congreso universitario. Creo que el debate sobre la reforma universitaria ha sido en general muy pobre. Los materiales de información que se han producido en relación con la reforma universitaria han sido muy pocos. La comunidad universitaria sigue estando muy desinformada sobre los problemas de la universidad. Tampoco veo una importante movilización de fuerzas alrededor de la reforma. Hay una gran pasividad y una gran pobreza en el debate sobre la reforma de la universidad.

Aun cuando se realice el congreso me parece que, dadas las condiciones actuales de la universidad, no podrá lamentablemente derivar en la adopción de una serie de resoluciones verdaderamente relevantes para el futuro de la institución.

Si el congreso se reduce a efectuar modificaciones de carácter formal, como podría ser la reestructuración de las formas de gobierno (que es un problema que se ubica con frecuencia en el centro del debate) los cambios no serían sustantivos.

P. ¿Cómo ves la situación de los estudiantes universitarios a dos años de haber comenzado las movilizaciones que desembocaron en el acuerdo de celebrar el congreso universitario?

R. Yo veo una contradicción en el comportamiento de los estudiantes organizados alrededor del CEU. Por un lado, abrieron una perspectiva que a muchos nos ha entusiasmado: la de la realización de un congreso universitario y la posibilidad de efectuar una profunda reforma en la universidad. Pero, por otro lado, los estudiantes no se han preparado para actuar consecuentemente.

Veo muy débil la organización estudiantil universitaria, poco consistente. Sobre todo, veo muy pobre la labor de autoeducación que los propios estudiantes deberían realizar para prepararse en la perspectiva del congreso y la reforma.

El CEU sigue siendo un movimiento muy poderoso, pero desde el punto de vista de la educación política de sus participantes, ha tenido muchas limitaciones. Su gran capacidad de convocatoria le ha permitido impulsar una serie de actos, muchos de ellos espectaculares; llevar a cabo, por ejemplo, una intervención política muy significativa en relación al movimiento cardenista. Pero me da la impresión que el movimiento ha tendido a agotar sus energías en actos de autoconsumo: grandes concentraciones espectaculares, mítines, festivales, marchas. . . y ha menospreciado el trabajo de educación política.

No se observa que el estudiantado esté transformando sus niveles de conciencia y de información respecto a los grandes problemas de la reforma universitaria. Ojalá y los estudiantes pudieran, en un corto plazo, dotarse de una organización nueva y de instrumentos adecuados para elevar su nivel de conciencia.

Algo que, por ejemplo, es sorprendente, es que no tengan un buen periódico, que carezcan de programas de televisión, que no incidan en los medios de difusión. El CEU es una gran promesa que no termina de cuajar. Hay mucho activismo pero pocos resultados.

Septiembre 1988